



# EL LARGO SILENCIO DE CARMEN HERTZ

Como abogada, ha peleado durante años para conseguir justicia en las causas de derechos humanos. Pero con su familia prefirió hablar poco del quiebre que significó la desaparición de su marido, Carlos Berger, en 1973. Un silencio de más de tres décadas, del que sólo su único hijo, Germán, logró sacarla, realizando el premiado documental "Mi vida con Carlos", que se estrenará en Chile en octubre. "Había tanta pena alrededor de su pérdida, que hablarlo era absolutamente imposible. (...) Germán rasgó ese silencio y permitió poder sacar muchas cosas", dice hoy en su entrevista más íntima.

Por DANIELA MOHOR W. Fotografía: CARLA DANNEMANN. Maquillaje: ALE DEL SANTE.

Germán de meses junto a su padre.



En la pantalla aparece una imagen en cámara lenta. Un hombre joven, de aspecto atlético y ojos claros, corre desde el borde de una playa hacia el mar. Da unos pasos en el agua, estira los brazos hacia adelante, se lanza y desaparece. Una voz en off lo acompaña: "La primera vez que te vi, fue en esta imagen de superocho. Nunca vi tu cuerpo en movimiento, o más bien no lo recuerdo. No podía recordarte, porque nadie me habló nunca de ti. Tenía un año cuando te mataron y tú tenías 30".

El hombre en el agua es Carlos Berger; la voz en off, la de su hijo. El conjunto es la escena que abre el documental "Mi vida con Carlos", la película en que Germán Berger Hertz revisa, de manera íntima y delicada, el impacto de la muerte de su padre sobre su familia. La cinta —que ya ha ganado los premios a mejor documental en los festivales de cine de Biarritz, Marsella, San Diego y Cataluña y llegará a Chile en octubre— es un verdadero viaje catártico: un periplo que entremezcla pasado y presente, dolores y alegrías, preguntas y confesiones, rabia y

resiliencia. Un itinerario por las emociones más profundas de esta familia. Incluyendo las de la abogada Carmen Hertz, la viuda de Carlos Berger; la madre de Germán, la que nunca le habló de su padre.

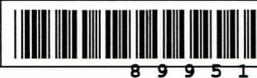
Hasta 2006.

—Germán empezó con la idea del documental en 2006. Yo no fui muy partidaria de que lo hiciera, porque encontraba que iba a tener que meterse en muchos aspectos que yo creía muy dolorosos a pesar de su edad. Después vi la película en Barcelona, en su casa, y me impactó mucho ver el nivel de pena interna que tiene Germán. En los primeros meses después de la muerte de Carlos sentí muy fuertemente lo que iba ser su ausencia en la vida de Germán, por la dedicación que le tenía, por todo lo que lo quería. Pero de alguna manera fui bloqueando esos sentimientos. Fue bueno que hiciera la película, para él y para la familia. Sentí mucha fuerza en mi hijo —dice hoy la abogada.

En las últimas décadas, Carmen Hertz ha dedicado su vida al trabajo en defensa de los derechos humanos. Como abogada de la Vicaría de la Solidaridad durante el gobierno militar, directora jurídica de la Cancillería y abogada del programa de Derechos Humanos durante la transición, se destacó por contribuir a los avances en las investigaciones de causas emblemáticas como la de la Caravana de la Muerte (responsable del asesinato de su marido), el caso Villa Grimaldi y la causa del banco Riggs, entre otras.

En la intimidad, sin embargo, Carmen Hertz no se expresaba con la misma fuerza.

—Nosotros no hablábamos de Carlos —dice. —Me costaba mucho hablar de él con Germán. Había tanta pena alrededor de su pérdida. Era una pena no explicitada por nadie, pero tan presente en la vida, y en la angustia de cada uno de la familia; estaba tan absolutamente presente lo que había ocurrido que hablarlo era absolutamente



imposible. Germán rasgó ese silencio y permitió sacar muchas cosas.

## Carlos

Carmen Hertz conoció a Carlos Berger cuando ambos estudiaban leyes en la Universidad de Chile. Pero fue años después que se convirtieron en pareja.

—Fuimos muy amigos primero. Él partió en el 70 por un año a Moscú y durante ese tiempo nos escribimos. En esas cartas aparecieron los primeros signos de amor. Cuando volvió en 1971, fue inmediato. Nos casamos en noviembre.

En agosto de 1973, el matrimonio se fue a vivir a Chuquicamata, donde Carlos Berger había sido nombrado director de comunicaciones de Cobrechuí. En esa calidad también le correspondió asumir la dirección de Radio El Loa, de propiedad de la empresa estatal. Estaba en la estación, cuando lo detuvieron el 11 de septiembre por no haber dejado de transmitir como se le había ordenado. El 19 de octubre, de manera inesperada, fue sacado de la cárcel de Calama por la Caravana de la Muerte, torturado y asesinado junto a veinticinco otros presos.

—¿Ustedes no intuyeron en ningún momento que algo así podía pasarle?

—Era completamente imposible, tanto así que el 18 de octubre compré dos pasajes en Ladeco para volvernos a Santiago dos días después. Pero el 19, cuando lo fui a ver a la cárcel, pensando que lo iban a liberar, noté un ambiente completamente distinto. Ahí me dijeron que había llegado una comitiva militar proveniente de Santiago. Yo pensaba que eso significaba que iba a haber más acusaciones, que a lo mejor se lo iban a llevar a Santiago, pero la muerte jamás. Ni por asomo. Me costó mucho asumir esa realidad.

El asesinato de su marido determinó casi todas las opciones de vida que Carmen hizo después. Una de ellas fue la decisión de convertirse en abogada de derechos humanos.

—Yo he sentido que se ha hecho justicia. Éste es uno de los casos en que se ha tenido el privilegio de conocer hasta el último detalle de la verdad. El proceso lo voy a seguir hasta que termine, pero hoy tengo un sentimiento que no es el mismo que antes. Estoy mucho más serena.

Carmen cuenta que Carlos era un hombre alegre, bueno para ir a fiestas y con mucho sentido del humor. Le gustaba particularmente reírse de su mujer.

—Encontraba que era un chiste que alguien como yo, que era como una niña bien, pretendiera tener las ideas que tenía. Me decía que ¡no sabía dónde estaba parada!—recuerda entre risas.



También dice que era muy protector y un padre activo, que mudaba, daba la papa, y llevaba a su hijo al jardín en tiempos en que los hombres aún no acostumbraban a hacerlo.

—¿Siente que lo ha idealizado con el tiempo?

—Probablemente, porque ya no recuerdo defectos de Carlos. Le encuentro puras virtudes...

## Germán

En su departamento en Providencia, Carmen Hertz tiene dos fotos enmarcadas. Una es en blanco y negro, la otra en color. En la primera, Carlos sostiene a Germán de guagua en brazos, y en la segunda, con un gesto similar, Germán sostiene a su hija mayor, Greta.

—Germán se parece mucho a Carlos. Son como dos gotas de agua —dice la abogada. —Es muy impresionante.

Germán Berger Hertz es periodista y cineasta. Desde 1998 vive en Barcelona, es casado con una catalana y tiene dos hijas, Greta y Amalia. Armó su vida allá, en la ciudad a la que su madre lo llevó de paseo a los 15 años, para reponerse de los duros momentos vividos.

Hoy, Carmen dice ver en su hijo un hombre fuerte, con coraje, que logró estructurar su vida muy bien. Pero el camino hacia ese equilibrio, fue largo.

Después de la muerte de Carlos Berger, Carmen y Germán partieron al exilio. Estuvieron cuatro años fuera, primero en

Buenos Aires y luego en Caracas. Desde el inicio, la abogada se propuso proteger a su hijo del ambiente de angustia en que vivía.

—Yo quería que hiciera la vida más normal posible. Siempre traté de instalarlo en espacios de protección. Por eso, cuando volvimos a Chile lo inscribí al colegio Francisco Miranda, y como yo trabajaba en la Vicaría de la Solidaridad, tenía una red. Vivíamos entre nosotros. Hasta el pediatra de Germán era una persona de confianza.

Sin saber mucho por qué, la abogada también lo incentivó a hacer mucho deporte. Germán jugaba tenis, rugby, nadaba y esquiaba.

—Quizás inconscientemente me establecí

que tenía que hacer casi todas las cosas muy bien. No quería que tuviera nada que fuera una "minusvalía" aparte de las que ya tenía. Para reestructurarte necesitas mostrarte fuerte. Es como si tuvieras que mostrar que eres bueno en todo, ser el mejor deportista, el mejor padre, todo estupendo. Es como decir: "no me van a liquidar" y eso está presente en Germán.

Parte de la "normalidad" que Carmen quiso darle durante su infancia, pasó también por mantener una rutina de horarios estricta. Lo bañaba, alimentaba y acostaba todos los días a la misma hora. Jamás lo sacaba de noche y le leyó cuentos hasta que ya era grande.

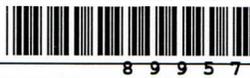
—Trataba de hacer una vida con él, como si fuéramos normales, pero ahí era cuando yo tenía más desolación: cuando le daba la papa, lo llevaba al jardín, cuando íbamos a la plaza. A pesar de que íbamos con amigos, en esa interacción con él es cuando me sentía más triste, más sola. Y trataba de cubrirlo con esto de la rutina.

—En el documental, usted habla del miedo obsesivo a que le pudiera pasar algo a su hijo.

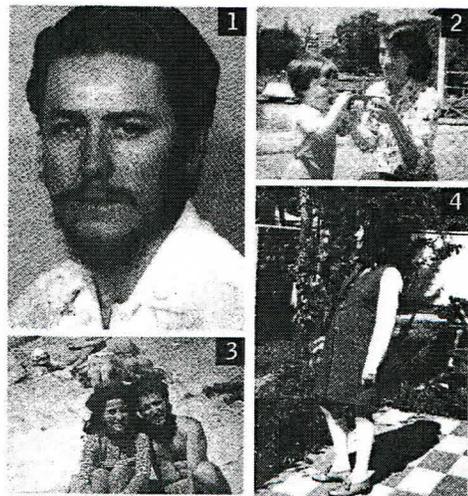
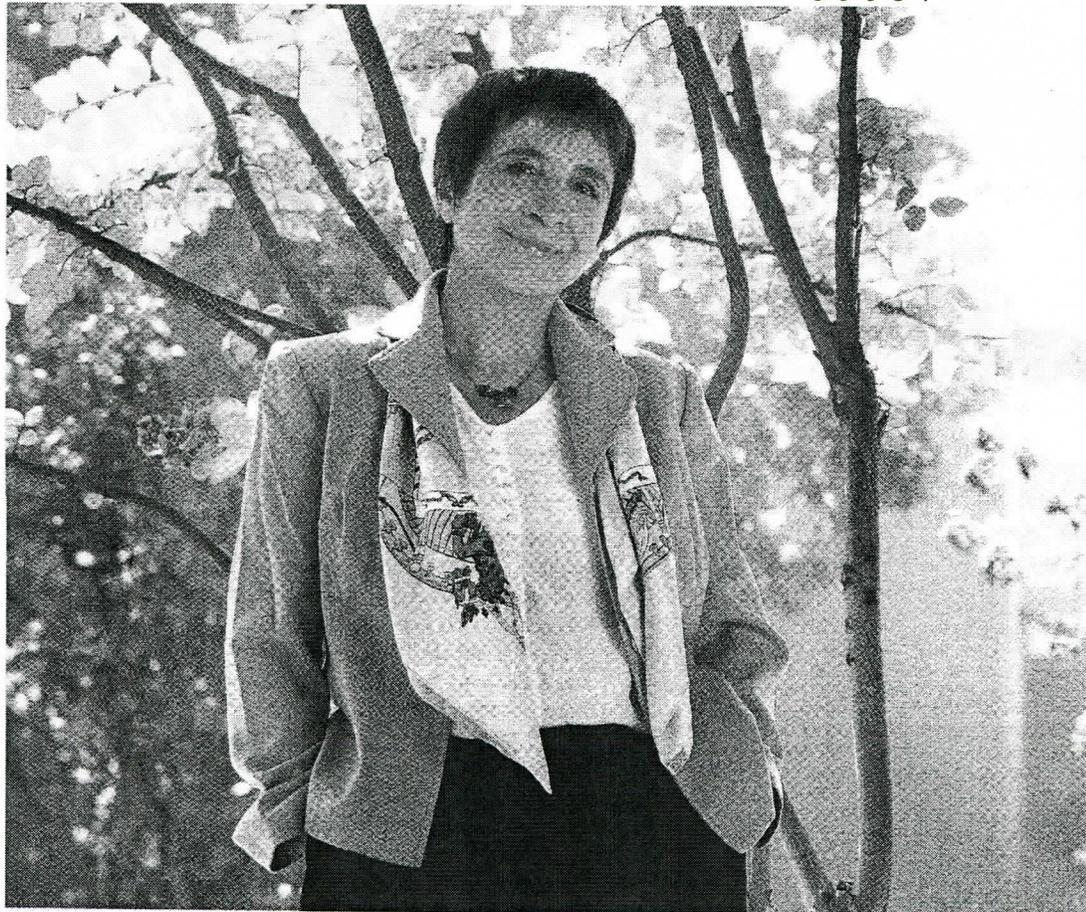
—Durante los primeros meses tuve muchos pensamientos apocalípticos. Sentía la inminencia de que le iba a pasar algo terrible, que era como una fatalidad y eso nunca me había pasado. Con el tiempo, dejé de tener aprensiones tan fuertes, pero sigo siendo aprensiva con él hasta el día de hoy. De adolescente lo perseguía de forma inmisericorde. Si salía y no llegaba a la hora que me había dicho, llegaba hasta llamar a los amigos. ¡Pasó una vergüenza fatal! Y hoy, si Germán toma un avión, sé exactamente a qué hora salió de Barcelona y a qué hora tiene que llegar. Espero 20 minutos después del aterrizaje y lo llamo al celular. ¡Es algo que él debe detestar! Pero yo necesito saber. Con los viajes transoceánicos llego al extremo de meterme a Internet para seguir la ruta del avión y cuando viajan todos a Chile con las niñas, ¡me puedo morir! Les he dicho varias veces que viajen separados. Creo que son rémoras de creer siempre que voy a estar en una minoría estadística...

—Cuando era pequeño, ¿cómo le explicó la ausencia de su padre?

—Al principio, no le dije absolutamente nada. Vivíamos en Buenos Aires y yo tenía una foto en que estaba Carlos con él, y una foto de Gardel, porque me fascinaba el tango. Y Germán cuando tenía como dos años, me preguntó en su media lengua: "¿papá? ¿Gardel o la foto de Carlos?". Después, a los cuatro años, me preguntó por qué no tenía papá y yo le dije "murió". Y empezó a preguntar mucho, porque veía televisión, cómo lo habían matado, si era



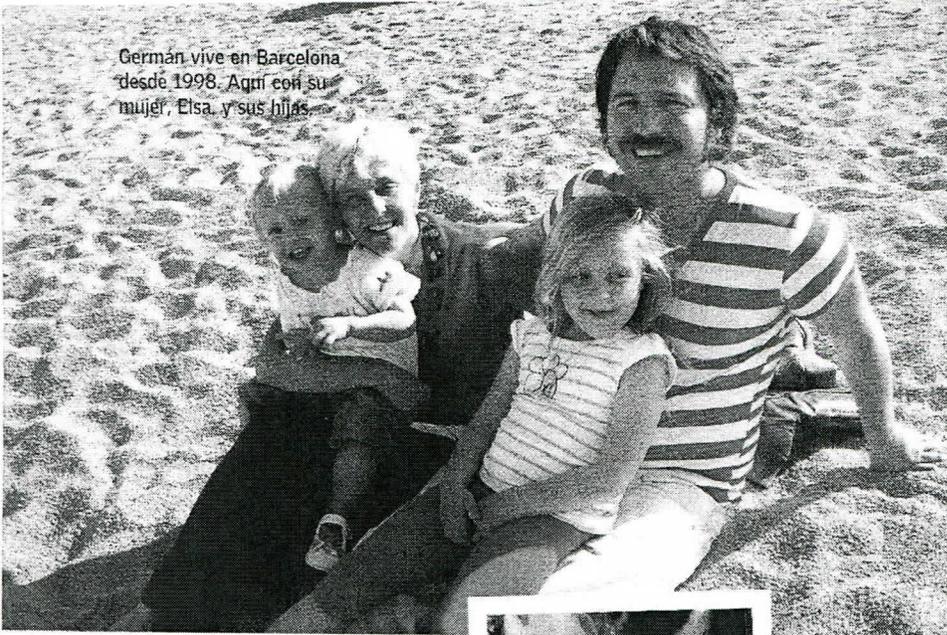
8 9 9 5 7



1. Carlos Berger. 2. Carmen y Germán en Buenos Aires, en 1974. 3. Carmen y Carlos en Quintero, 1972. 4. Carmen embarazada.



Germán vive en Barcelona desde 1998. Aquí con su mujer, Elsa, y sus hijas.



rabia está moderada porque creo que he tenido el privilegio de tener mucha reparación moral. Pude volver a Chile, trabajar en la Vicaría y estar en un mundo protegido. Por eso digo que la rabia está moderada. Y la tristeza está ahí, en un lugar que es una especie de disco duro y tú aprendes a convivir con eso, como convives cuando te cortan un brazo. No tiene arreglo. A mí me quebraron mi biografía en un punto determinado, me quebraron la vida y ese quiebre es irreparable. Independiente de todo lo que te ocurre y te reestructures después.

Carmen Hertz siente que contó con muchos elementos que le permitieron ser resiliente: el hecho de haber tenido una infancia sólida de mucha protección y contención; la suerte de estar rodeada de cariño y afecto; y la posibilidad de pelear.

—Pelear te ayuda a fortalecerte, te da recursos para reestructurarte —insiste.

Carmen Hertz enviudó a los 27 años. Con el paso del tiempo, pudo volver a tener una vida afectiva. Hace seis años se casó con Manuel Riesco, su pareja desde hace 20 años. Pero nunca volvió a armar una familia.

—Me resistía. No me resultaba tolerable tener otros hijos por este “desamparo” que yo veía en Germán. No tenía papá, y me daba una pena terrible que pudiera estar en una desventaja emocional en ese plano si tenía hermanos.

—¿Cómo logró volver a emparejarse?

—Es difícil, porque Carlos es una presencia permanente. Para no sentirlo amenazante, tu pareja tiene que sentirlo próximo. Debe ser una persona más o menos como él o que tenga los mismos valores. Eso es lo que me pasa con Manuel. Él siente que Carlos es su compañero. Incluso hace bromas y me dice “estoy seguro de que Carlos estaría de acuerdo conmigo”. Lo ha incorporado en la vida de nosotros de esa manera.

—Hoy, a pesar de todo, ¿se siente feliz?

—Sí. Volvería a hacer exactamente lo mismo que hice. Tengo el sentimiento de haber estado muy vital, de haber vivido una cosa muy intensa. Creo que nosotros como generación tuvimos el privilegio de formar parte de proyectos colectivos, con todas las limitaciones y los cuestionamientos que se pueda tener. Nosotros asumimos la realidad que estábamos viviendo y tratamos de cambiarla. *ya*

una flecha, un disparo o un sable. Y yo siempre eludía responderle esas cosas. En Chile ya fue sabiendo más cosas. Tenía sus propias fantasías. Soñaba con Carlos y una vez me dijo que cuando tocaban el timbre en las mañanas, él siempre pensaba que podía ser su papá. Pero eso no lo compartía conmigo. A medida que fue creciendo dejó de preguntar.

## Carmen

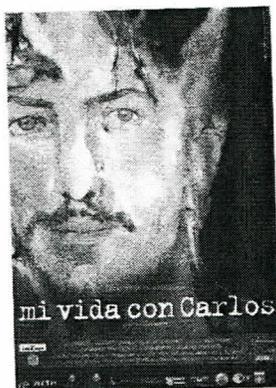
Carmen Hertz siempre fue buena alumna. Entró a la universidad a los 16 años, le gustaba leer y desde muy joven empezó a interesarse por el mundo progresista. Aunque no fuera algo que agradara a su familia.

—Yo provengo de una familia de derecha. Mi hogar era muy conservador y cuando salí del colegio, mis papás me inscribieron en la Universidad Católica. Pero yo como era hija única y tenía tiempo, ya había leído a los existencialistas franceses, a Sartre, a Camus, y no quería seguir el camino de mi familia. Me estaba acercando a otros derroteros y la (Universidad de) Chile me pareció más atractiva.

Ahí la abogada descubrió un mundo nuevo. Se hizo amigos de izquierda y democristianos. Y la relación con su madre se tensionó.

—En mi casa eran muy resistentes a lo que hacía. Teníamos confrontaciones directas, sobre todo con mi madre, que era una activa militante, primero en el Partido Liberal y después en el Partido Nacional. Ella encabezaba las manifestaciones contra Allende en la época de la Unidad Popular. Varias veces me la encontré en la calle en una manifestación opuesta a la mía.

Los conflictos desaparecieron después de la muerte de Carlos. Para esa fecha, el padre



Afiche y escena del documental de Germán Berger.

de Carmen ya no vivía, y su madre se convirtió en un pilar.

—Ella era una mujer muy buena. Cuando murió Carlos, me protegió mucho a mí, a Germán, a mis amigas exiliadas. Dejó la política y se fue a Venezuela a acompañarnos durante meses. Fue muy cariñosa con nosotros, muy incondicional.

Pero eso no le bastó a Carmen Hertz. Para salir adelante, también tuvo que buscar recursos internos.

—Usted, en el documental, aparece muy entera, ¿cómo manejó sus emociones?

—En el documental, quizás la persona que menos expresa la pena o la tristeza soy yo. Armé una coraza muy fuerte para no expresar la pena, menos delante de Germán. Pero tenía mucha angustia interna. Tengo la impresión de haber vivido años y años, y años en una especie de estado de alerta, como si hubiera estado acuartelada. Recién ahora esa angustia me ha abandonado algo. Antes la expresaba en que era hiperquinética, trabajadora y peleadora sobre todo. Una peleadora terrible. Estaba llena de rabia.

—¿La rabia se le pasó?

—No, yo creo que no se pasa jamás. No se me ha pasado ni la rabia, ni la pena. La